

# Virginia Woolf

## TRES GUINEAS DE FEMINISMO

CRISTINA PERI ROSSI

"Cual la generación de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera: de igual suerte, una generación nace y otra perece". De este destino colectivo que en los albores de la literatura Homero señalara desde ya con tan melancólica comparación, algunos hombres se salvan, gracias a sus diversas obras. En cambio, pocas, poquísimas mujeres. Una de esas excepciones es Virginia Woolf.

**L**AS generaciones de hombres y mujeres se nutren de savia antigua, tanto como de sal y de agua contemporánea. Cuando yo era una adolescente (en otro país y otro continente), mi generación leía por igual a Kafka, a Jean-Paul Sartre y a Virginia Woolf. Luego vinieron otras lecturas a sustituir *El Proceso*, *Los caminos de la libertad* y *Orlando*. (Cómo no recordar, por ejemplo, frente a la edición flamante de *El cuarto de Jacobo*, de la Woolf, hecha por Lumen, de Barcelona, la vieja y hoy casi inconseguible edición de Plaza y Janés, de mi juventud, de tapas duras y sobrecubierta figurativa, publicada en los años cuarenta. He extraviado el libro en el camino del exilio.) Bastantes años después, en otro continente, observo cómo las obras de Virginia Woolf, de reciente edición en España, causan el asombro admirado y las exégesis que veinte años atrás provocaron en el Río de la Plata, y —esperemos— la misma influencia literaria. No se trata de una comparación antipática ni de volver a esgrimir los cuarenta años como explicación del éxito ciertamente tardío de la obra de Virginia Woolf, una de las más importantes de nuestro siglo. Por suerte son fenómenos periféricamente literarios los que justifican este fenómeno, lo explican y lo distinguen claramente de una simple moda. Porque la calidad literaria ya la ha puesto al abrigo de cualquier transición generacional o política.

La obra de Virginia Woolf emplea a difundirse en España con mucho atraso con relación a una labor similar realizada en Argentina por una empecinada woolfiana: Victoria Ocampo. Por uno de esos azares no completamente ingenuos, esta aparición en el mercado español se efectúa en un momento de auge renovador de la cultura encerrada, de liberación de tabúes y de curiosidad voraz y ávida por todo aquello

que hasta ayer fue casi desconocido, silenciado subvalorado. ¿Qué mejor contexto para leer *Una habitación propia* (1929) o *Tres guineas*? Sus novelas y ensayos se publican en España, por primera vez, cuando paralelamente se ha abierto el debate sobre la mujer (que ha pasado de ser objeto a ser cuestión), cuando un aire sano permite contemplar a Ocaña vestido de Manola por las Ramblas sin que pudendos ciudadanos invoquen la ley de peligrinidad social y en el momento, también, en que el público se siente más tentado a comprar la historia de la pornografía, profusamente ilustrada, antes que *Las olas*, o a ver toda la serie de *Emanuelles* posibles, con doble n, en negro, en África o en Oceanía, con una sola n o con a. Lo importante, sin embargo, es destacar que el contexto cultural y social en que la Woolf vivió y escribió *ne*, ha variado mucho: todavía la cultura es un privilegio, el distintivo social de una clase, todavía la mujer está relegada, todavía el peligro del fascismo alienta en las crisis económicas de Europa, y en todas las ciudades hay una pequeña élite avanzada, que como el grupo de Bloomsbury cuenta con personalidades sobresalientes, mujeres desta-

cadadas y una cierta libertad en las costumbres. Nadie ignora que la Woolf disfrutó en el seno de la sociedad donde vivió de todos esos privilegios, y la primera en denun-

ciarlos como tales fue ella misma.

Su primera novela se publicó en 1915; entonces Jane Austen (que como tantas mujeres, nunca gozó de una habitación propia, reducto de intimidad y clave de independencia) había editado varias de las suyas, y los movimientos feministas gozaban de cierto auge, bajo la bandera del sufragismo. Pero también es verdad que los clubs, los recintos de la vida intelectual inglesa, mantenían su prohibición de acceso a las mujeres. Y que si se podía citar, además de la Austen, a la Brontë, a George Eliot o a George Sand, las mujeres que llegaron a destacarse en el siglo XIX y a principios del XX lo fueron o por su genialidad incuestionable (o sea, la excepción), o por alguna aureola de escándalo privado. Pero la Universidad continuaba siendo un coto vedado a las mujeres, tanto como la política, muchos deportes y la mayoría de los oficios. Nada de esto pasó inadvertido a la genial escritora de *Las olas*, tan preocupada por la estructura novelística como por la inminencia del nazismo o la porguerra sostenida en España.

Virginia Woolf:  
una inteligencia  
llena de  
ironía.



## El fascismo como apoteosis de la sociedad patriarcal

Virginia Woolf concibe la redacción de *Tres guineas* en tres partes, sendas respuestas a la petición de un caballero, quien le dirigió una carta con la siguiente pregunta: ¿Cómo podemos evitar la guerra, en su opinión? Magnífico pretexto para que el espíritu sutil y la fina inteligencia de la Woolf se expresen en un profundo análisis del mundo de sus días, del inmediato anterior y de los fantasmas del futuro que no mucho después explotarían en la segunda guerra mundial. La sorpresa inicial de la autora de *Las olas* confirma un hecho irreversiblemente: es muy raro que un hombre interroge a una mujer acerca de cómo evitar la guerra, cuando ésta es una consecuencia de conflictos económicos y políticos, y ambas esferas son coto privado del macho. La Woolf apunta sutilmente uno de los prejuicios más tristes y arraigados de la sociedad: si una mujer ha conseguido, pese a todos los obstáculos inherentes a la condición femenina (desigualdad de educación, sumisión a la autoridad paterna o marital, dependencia económica, discriminación social y sexual), escribir un libro excepcional, entonces podemos considerarla como un hombre y puede ser consultada acerca de las cuestiones que les atañen de manera exclusiva. Pero antes debe haber pasado por la durísima prueba de sobresalir en algún plano de la actividad creadora, venciendo vallas que existen sólo para la mujer. Ella misma es la prueba de que sólo quizá el individuo femenino que por azar está libre de esas trabas puede llegar a cumplir su destino sin perecer antes: hija de un hombre de letras que gozaba de la distinción social de sir, vivió una infancia rodeada de los beneficios de la cultura, cosa que no sucedía con la inmensa mayoría de las mujeres inglesas. Y si bien no asistió a la Universidad, como lo hicieron sus hermanos, en virtud de que una mujer no era bien vista en las aulas, a su alrededor siempre contó con hombres comprensivos, como su propio esposo, o amigos excepcionales, que la trataron como a un igual, o sea, como a otro hombre. (Siempre se ha considerado que la inteligencia es una virtud masculina, y pocas mujeres se han librado del adjetivo hombrunas cuando han usado la suya.) Virginia Woolf pudo cumplir su destino de escritora precisamente porque tuvo que vencer menos obstáculos que el común de las mujeres, y tiene la clarividencia suficiente como para reconocerlo. Con elegante precisión destaca que hombres y mujeres de su clase (se está



La autora de *Las olas*, junto a Leonard Woolf.

refiriendo a lo que llama clase culta, y que nosotros preferimos definir como burguesía ilustrada) aparentemente no difieren en mucho, si se refiere al aspecto exterior de la vida: tienen el mismo acento —si nacieron en el mismo barrio—, utilizan los tenedores y cuchillos de la misma manera, esperan que el servicio doméstico guise y luego lave los platos, pueden conversar, en la sobremesa, acerca de los amigos y de los libros leídos, pero... Como indica la Woolf, a partir de estos puntos suspensivos comienza un sólido mundo de diferencias, de prejuicios, de desigualdad, en el núcleo del cual la cuestión de la educación del hombre y de la mujer reviste suma importancia. Las buenas familias inglesas de entonces (como en parte, las de ahora, y no solamente en Inglaterra) destinan una suma considerable en educar a los vástagos machos, y relegan a sus descendientes hembras al matrimonio o a la vida doméstica, al cuidado de los tíos enfermos o de los pájaros, siendo infima o inexistente la cantidad de dinero que se reserva para su educación. A partir de ese momento, el futuro de estas mujeres está condicionado. Por ello, la Woolf concluye sabiamente: **la educación es un factor diferencial.** Y agrega: **el matrimonio (es) la única gran profesión abierta a nuestra clase desde el principio de los tiempos.**

Le parece bastante insignificante la influencia que las mujeres pueden tener en la consecución de la paz estable y duradera, dado que no se les permite luchar ni ser miembros de la Bolsa; en consecuencia, **no podemos utilizar la presión de la fuerza ni la presión del dinero; no podemos predicar sermones ni negociar tratados.** (¿Qué poco ha cambiado la situación, a pesar de Golda Meir!). Por

eso, para satisfacer las inquietudes del caballero inglés, destina una guinea a un colegio de mujeres: si las mujeres consiguen la libertad que sólo da el saber, se opondrán a la guerra.

Sin embargo, para ser completamente coherente con su respuesta, la Woolf analiza en la segunda parte del libro la clase de educación que una mujer puede recibir en institutos consagrados a los hombres, concebidos para formarlos, y este panorama le resulta, por supuesto, sumamente desolador. Establece, en principio, con toda claridad, la necesidad de que las mujeres se ganen la vida, con lo cual podrán aspirar a sustentar una opinión independiente tanto de la autoridad paterna como de la marital. Pero de nuevo choca contra la brutal realidad: aun aquellas mujeres que en los últimos veinte años han accedido a profesiones u oficios remunerados, reciben una cantidad infinitamente menor por su trabajo que la adjudicada a los hombres, realizando, no obstante, el mismo trabajo. Su segunda guinea irá destinada a estimular las profesiones femeninas, pero exigiendo que se revise el sistema patriarcal de la mayoría de las instituciones públicas y privadas, sus valores tradicionales y sus tiranías abyectas, entre las cuales coloca el sentido de posesión que el hombre ejerce sobre la mujer. Las falsas lealtades que crean esas instituciones —tanto la Universidad exclusiva para hombres como la Iglesia, por ejemplo— son denunciadas con acritud; el patriotismo, la censura, la intolerancia, el privilegio.

La extraordinaria capacidad de fabulación de la Woolf, y su inteligencia llena de ironía le permiten satirizar la sociedad de su tiempo como sólo antes lo hiciera otro intelectual, a ratos inglés, a ratos ir-

landés, como él mismo decía, según su humor: Jonathan Swift. En efecto, es sorprendente que una mujer formada en su época y que se mantuvo bastante alejada del escándalo, la forma más ostensible de la rebeldía social, pueda ridiculizar de manera tan elegante y fina los prejuicios de su entorno. Sorprendentemente y deliciosamente. Finge mucho asombro porque el caballero en cuestión solicite su ayuda —en la tercera parte de su ensayo— para proteger la cultura y la libertad intelectual. Dice: **Significa que, en el año 1938, los hijos de los hombres con educación piden a las hijas que les ayuden a proteger la cultura y la libertad intelectual.** (Algo semejante a que) el duque de Devonshire, con su estrella y su liga, entrara en la cocina y le preguntara a la criada dedicada a pelar patatas, con un tizne en una mejilla: "Deje de pelar patatas, Mary, y ayúdeme a estructurar cierto párrafo un tanto difícil, debido a Píndaro".

El rigor de análisis de la Woolf hace que destaque que si la escritura es la única profesión que no ha estado cerrada a las hijas de los hombres con educación, eso se debió, desde luego, a la extrema baratura del instrumental de esa profesión, pero que les es posible ejercerla, siempre y cuando se sometan a las reglas y a las estructuras consabidas.

No menos rigor y énfasis emplea para estigmatizar la opresión social del macho sobre la hembra en las formas feroces de la ciencia y de la sexualidad. Hay que señalar como dato singular que en este caso la acompaña nada menos que Bertrand Russell, a quien cita varias veces. Las conclusiones de la Woolf surgen como saetas voladoras: **Parece que la ciencia no es asexual; la ciencia es un hombre, es padre y también está contaminada.**

El libro es un documento inexcusable; cincuenta años después de su publicación inicial demuestra un ángulo vivaz, estimulante y para muchos sorprendente de esta escritora que sabe combinar la agudeza del panfleto con su característica elegancia y su fluidez narrativa. Angulo punzante que no fue del agrado ni siquiera de sus amigos y que propició algún comentario frívolo de colegas. Virginia Woolf, cuya obra la equiparaba a los mejores escritores masculinos de su tiempo (¿cuántos imaginaban que era lo contrario, que sobresalía entre?), cuya cultura, buenos modales y discreción disimulaban tan bien sus profundas agonías, se permitía, con estos ensayos, destacar lo que todos querían olvidar: que pertenecía a una clase oprimida, la de las mujeres, aunque muchos privilegios (los de los hombres) y la tolerancia de sus iguales la exoneraran de las taras de la represión. ■